

La vergüenza en las víctimas de violencia*

MARIO BERNARDO FIGUEROA MUÑOZ **

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

La vergüenza en las víctimas de la violencia

La honte des victimes de la violence

Shame in the Victims of Violence



* Los elementos fundamentales de este trabajo investigativo fueron presentados en las jornadas sobre “Responsabilidad, culpa e impunidad”, organizadas por la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia en octubre del 2005, y en el Seminario de Estudios Doctorales del eje de Clínica psicoanalítica del Sujeto y Lazo Social del Laboratoire de Cliniques Psychopathologique et Interculturelle en la Universidad de Toulouse 2, Le Mirail, en febrero del 2012.

** e-mail: mbfigueroam@unal.edu.co

© Ilustraciones: Lorenzo Jaramillo

La vergüenza es un afecto común entre quienes han padecido la violencia, cuya pretensión no es simplemente dominar al otro, sino que ambiciona arrebatarle la dignidad al sujeto. Así, lo somete a diferentes formas de vergüenza: una en la que los vejámenes apuntan a desvelar su falta y otra, la vergüenza “por exceso” que traspasa el límite de la desnudez del cuerpo y reduce al sujeto al objeto más abyecto. El lazo que Freud descubrió en su análisis de la pulla señala cómo la estrategia de la violencia, además del atentado contra el sujeto y, en particular, contra la diferencia manifiesta en las mujeres que amedrentan al atacante, no se realiza sin sobornar a un tercero, representante del Otro a quien se pretende colmar introduciendo el goce obsceno en su falta.

Palabras clave: pulla, sujeto, vergüenza, víctimas, violencia.

La honte est un affect habituel parmi ceux qui ont subi la violence; la prétention de la violence n'est pas simplement de s'imposer à l'autre mais d'arracher la dignité au sujet. Ainsi donc, plusieurs figures de la honte lui sont imposées: l'une cherche avec les vexations à dévoiler sa faute; l'autre c'est la honte «en excès» qui dépasse la limite de la nudité du corps et qui réduit le sujet à n'être que l'objet le plus abject. En analysant les grivoiseries, Freud note comment la stratégie de la violence, en dépit de l'attentat contre le sujet et particulièrement contre la différence manifeste chez les femmes qui intimident l'attaquant, ne va pas sans soudoyer un tiers qui représente l'Autre et à qui l'on essaie de satisfaire par l'introduction de la jouissance obscène dans sa manque.

Mots-clés : grivoiserie, sujet, honte, victimes, violence.

Among those who have suffered violence, shame is a common affection, whose ambition is not just to dominate the other, but to snatch the dignity of the subject. Thus, the victims are subdued to different forms of shame: one in which the harassment points to unveil their fault; and another, “over-excess” shame, which trespasses the boundary of the nudity of the body and reduces the subject to the most abject object. The tie that Freud discovered in his analysis of the smutty joke points out how the strategy of violence, besides the attack on the subject and, in particular, against the obvious difference in women who intimidate the attacker, is not achieved without bribing a third, representative of the Other who is intended to be fulfilled by introducing the obscene *jouissance* in the place of his fault.

Keywords: smutty joke, subject, shame, victims, violence.

“...orgullo preocupante, casi indecente,
por ser hombre de esta forma inhumana”.

JORGE SEMPRÚN

Uno de los sentimientos más frecuentes en las víctimas de violencia es la vergüenza, no pocas veces seguida de la sensación de ser culpable. Comúnmente la vergüenza perdura y mortifica mucho tiempo después de la agresión, aunque puede experimentarse en la víctima antes de ser siquiera tocada o incluso cuando el contacto físico no llega a tener lugar o no se esgrime aún como una inminente amenaza. Sin embargo, su manifestación, lejos de detener al agresor, parece incrementar su sevicia. El temor y la vergüenza no dejan de crecer en la persona sometida, lo cual, para el atacante, no es más que la corroboración de que aquella es merecedora de las transgresiones que le inflige. En el extremo (al que se puede llegar con facilidad), cualquier manifestación de vergüenza de quien, bajo la mirada, ha quedado ubicado como víctima potencial, incluso la indiferencia, será tomada como la confirmación, la aceptación o la invitación para que sobre ella se ejerza más violencia.



1. Sigmund Freud, “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), en *Obras completas*, vol. VII (Buenos Aires: Amorrortu, Buenos Aires, 1976), 147, n. 36.

EN FREUD

A lo largo de su trayectoria Freud se refirió muchas veces a la vergüenza, casi siempre de la misma manera, un tanto lacónica y repetitiva, a pesar de recalcar siempre su importancia y el ímpetu con el que aparece. Es como si la misma concepción atravesara toda su producción.

Según su planteamiento, con pequeñas modificaciones entre una y otra referencia en su obra, la vergüenza se manifiesta con un poder extraordinario y no depende enteramente de la educación; al contrario, esta no hace sino seguir los pasos que aquella le traza. Es un “sedimento histórico” de las inhibiciones de la pulsión sexual en la psicogénesis de la humanidad¹; tendría un origen arcaico. Es uno de

los “poderes anímicos” que se manifestarán con gran fuerza en los niños durante el periodo de latencia. Estos operan a manera de “diques” que “angostan el curso” de la pulsión sexual². Además, su articulación con la mirada es clara para Freud: surge en los niños como escollo ante el “placer de ver y de exhibir, y de la crueldad”³, placer que aparece en principio con relativa independencia respecto de la actividad sexual de las zonas erógenas a la que más tarde se anudará. Subrayemos el hecho de que está asociada tanto a la mirada como a la crueldad, podríamos decir, incluso, a cierta crueldad de la mirada.

En la concepción freudiana la vergüenza no es tratada de manera aislada sino que casi siempre está acompañada de otros dos diques que surgen en los niños en el mismo momento. En algunos pasajes de sus escritos, son estos el asco y los “reclamos ideales en lo estético y lo moral”⁴, en otros, “asco, horror, dolor”⁵ o, simplemente, el asco y la moral⁶. Como quiera, es explícito en Freud que estos tres diques se levantan “contra los excesos sexuales”⁷, punto fundamental que también quiero destacar: la vergüenza se erige ante el exceso sexual.

Dentro de otras alusiones hechas por Freud considero importante traer a colación la que plantea en su artículo “Pegan a un niño”⁸, donde anota cómo la comunicación de la fantasía de ser golpeado por el padre, de la cual la parte esencialmente inconsciente permanece sin ser verbalizada por los pacientes, no se hace sin estar acompañada de sentimientos de vergüenza. Podemos señalar entonces que es uno de los afectos de la confesión del fantasma, y vale la pena subrayar que este artículo de Freud lleva por subtítulo “Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales”. En el origen de la perversión o del rasgo perverso del neurótico, ha jugado un importante papel una fantasía que reproduce una escena violenta condensada en un parco enunciado del tipo, *un niño es golpeado*. De esto acentuemos el hecho, señalado por Freud desde el comienzo de su artículo, de que la confesión (es el término que utiliza) de esta fantasía, no se asume sin el afecto de la vergüenza, signo claro de un exceso de goce, clave en el fantasma pero, paradójicamente, signo también del sujeto, como veremos más adelante.

De esta rápida y esquemática presentación de las referencias freudianas sobre la vergüenza, me detendré en particular en una, planteada en un contexto que aparentemente resulte ajena al problema de las víctimas de violencia: el capítulo III del libro *El chiste y su relación con lo inconsciente*, llamado “Las tendencias del chiste”. Como el nombre del capítulo lo deja suponer, Freud se dedica aquí a estudiar los chistes tendenciosos, de los cuales retomaré el que llama “obsceno”, que sirve al “desnudamiento”, es decir, a la exposición de lo íntimo sexual ante la mirada del otro⁹.

2. *Ibíd.*, 161.

3. *Ibíd.*, 174.

4. *Ibíd.*, 161.

5. *Ibíd.*, 146.

6. *Ibíd.*, 174.

7. *Ibíd.*, 173.

8. Sigmund Freud, “‘Pegan a un niño’. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales” (1919), en *Obras completas*, vol. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1976).

9. Sigmund Freud, “El chiste y su relación con lo inconsciente” (1905), en *Obras completas*, vol. VIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1976), 91.

Habría que comenzar por decir que Freud distingue una serie que incluye el “dicho cortejante”, la “pulla indecente” y, finalmente, el “chiste obsceno” propiamente dicho. El primero es un dicho “sexualmente incitador” que implica un intento de seducción dirigido a la mujer a quien el excitado cortejante busca poner en correspondencia con su excitación, dejándosela saber mediante el dicho, y, dice Freud, “es apto para despertar en ella la inclinación al exhibicionismo pasivo”¹⁰. Si la mujer responde con la defensa o el rechazo, si en lugar de la excitación lo que aparece en ella es la vergüenza o la turbación, la parte de agresión sexual presente en el dicho cortejante, al no encontrar satisfacción y verse interceptada “se vuelve directamente hostil, cruel, pide ayuda entonces, contra el obstáculo, a componentes sádicos de la pulsión sexual”¹¹, y aquí ya entramos de lleno al plano de la pulla indecente que no se forma sin la participación de un componente de sadismo.

Freud aclara que la vergüenza es, en este caso, un modo de reaccionar a la propia excitación, provocada por la exhibición de la excitación del otro, pero que al mismo tiempo manifiesta un rechazo a la intrusión del otro. Su punto de partida, por íntimo que sea este afecto, no está en el sujeto que la padece, sino en la excitación del otro, que es exhibida. La vergüenza implica, para empezar, el lazo con el otro. Allí comienza la participación de la mirada.

Señala también Freud que ante esta negativa, quien ha enunciado el dicho intensifica la agresión y trata de extraer placer de los indicios de excitación en la mujer. Retomando esta idea podemos decir que el agresor se pega de la vergüenza de la mujer, aunque sea de la banalidad de sus indicios, pequeños signos, y que con ellos alimenta su agresión. La vergüenza, en la medida en que es tomada como traza del acuse de recibo de la tentativa del agresor, alimenta el goce en el que él se satisface: su crueldad sádica. Estos pequeños signos constituyen el capital, el plus que nutre la crueldad sádica del que hace la pulla. Freud insiste, en el texto, en que la pulla requiere de esa negativa de la mujer, se ceba con su resistencia. La pulla supone siempre en su origen una mujer que se avergüence y un forzamiento. Por otra parte,

al pronunciar las palabras obscenas, constriñe a la persona atacada a representarse la parte del cuerpo o el desempeño en cuestión, y le muestra que el atacante se representa eso mismo. No cabe duda de que el motivo originario de la pulla es el placer de ver desnudado lo sexual.¹²

10. *Ibíd.*, 93.

11. *Ibíd.*

12. *Ibíd.*, 92.

Por todas partes encontramos el sometimiento a la mirada, que Freud mismo señala al indicar que el fundamento libidinal de este “ataque” reside en el placer de ver en sus dos maneras, activa y pasiva, mirar y ser mirado, y no incluye solamente

las características principales de cada uno de los sexos, lo genital propiamente dicho, sino también “lo excrementicio en todo su alcance”¹³.

Lo interesante es que para que se propicie este ataque de desnudamiento, el atacante parece entonces requerir, exigir incluso, la resistencia de un velo que, primero caiga sorpresivamente y que luego se intente restablecer en la pudorosa reacción de la mujer. Un velo que cubra y deje suponer la existencia, más allá de él, del anhelado objeto en su desnudez. Esta función de velo es, por consiguiente, esencial en la vergüenza; implica un límite, o un “dique”, en palabras de Freud, pero al tiempo, en el atacante este límite incita a su transgresión; funciona a la manera del velo, tal como lo concibe Lacan en el seminario sobre *La relación de objeto*, cuando señala que su presencia invita a correrlo, a la revelación, y que su misterio e importancia no radica simplemente en que oculta, sino en que a la vez, gracias a él, “lo que se encuentra más allá como falta tiende a realizarse como imagen”¹⁴. El problema en la vergüenza, como se verá, consiste en desnudar la falta que el velo recubre, pero su conflagración mayor reside en los nefastos efectos del intento de eliminar la falta introduciendo un exceso.

Hasta ahora tenemos dos personajes: la víctima y el agresor, pero en lo más sutil de su análisis Freud desentraña una de las características fundamentales de la pulla: esta implica siempre un tercero que, lejos de desempeñar un papel accesorio, le es indispensable. No basta con los dos personajes, el agresor y el agredido; se requiere de un tercero que, aunque aparentemente pasivo, jugará el papel principal. Veamos cómo lo explica:

El chiste tendencioso necesita en general de tres personas; además de la que hace el chiste, una segunda que es tomada como objeto de la agresión hostil o sexual, y una tercera en la que se cumple el propósito del chiste, que es el de producir placer.¹⁵

Ese esclarecimiento resulta un tanto asombroso: al contrario de lo que podríamos suponer, el placer no se cumple en el atacante, ni el chiste se realiza en él! sino en ese tercero que, en otras circunstancias, perturbaría con su presencia el encuentro que inicialmente tenía un propósito de seducción. Veamos cómo lo plantea Freud:

El impulso libidinoso de la primera despliega, tan pronto como halla inhibida su satisfacción por la mujer, una tendencia hostil dirigida contra esta segunda persona [la mujer] y convoca como aliada a la tercera persona, originariamente perturbadora. Mediante el dicho indecente de la primera, la mujer es desnudada ante ese tercero, quien ahora es *sobornado* como oyente —por la satisfacción fácil de su propia libido—.¹⁶

13. *Ibíd.*

14. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-1957) (Barcelona: Paidós, 1994), 157.

15. *Ibíd.*, 94. Las cursivas son mías.

16. *Ibíd.* Las cursivas son mías.

Soborno y complicidad del tercero son destacados por Freud; no vacila en indicar que “Quien ríe por la pulla escuchada, lo hace como un espectador ante una agresión sexual”¹⁷.

Retengamos el término “soborno”. Cabe preguntarnos por la responsabilidad de ese tercero, ya que inicialmente operaba como un obstáculo del encuentro; si se mantuviera en ese lugar, insobornable, la pulla fracasaría.

Este análisis de Freud anticipa la teorización que más tarde hará Lacan del gran Otro, representado en la función de ese tercero que en el caso del chiste común y corriente figura el código y el asentimiento, y que en la pulla es sobornado. La primera persona, de manera un tanto similar a lo que ocurre en el sádico, se constituiría en un instrumento del goce del Otro (sancionado aquí mediante la risa y el placer del tercero); su objetivo ya no es tanto gozar él mismo como ser la herramienta, el instrumento que manipula el objeto con el fin de hacer gozar al Otro, para lo cual se sirve en su maniobra de reducir a la mujer a la condición de mero objeto. Freud anotará también que en este tipo de chistes el placer no emana de las mismas fuentes de las demás producciones chistosas, en las que su fundamento es “la técnica del chiste”, técnica que consiste en la articulación de palabras o fragmentos de ellas, es decir, lo que podríamos llamar el puro juego de los significantes (metáforas, metonimias y demás tropos del lenguaje). En cambio, en la pulla obscena interviene otra fuente a la que denomina con mucha pertinencia, “goce de la obscenidad”¹⁸, y dice que al reparar en la pulla se nos genera una confusión: no sabemos bien de qué reímos, si de la técnica del chiste (que es pura palabra), o de la tendencia obscena. Creo que esta es la raíz última del soborno: el intento de incluir “el goce de la obscenidad”, la crueldad sádica que implica un exceso sexual, en el lugar del código, en el Otro de la palabra que, por principio, es un lugar vacío de goce¹⁹.

Todo el artificio estriba en la tentativa de completar al Otro figurado en el tercer personaje, que no importa aquí como persona en sí, sino como medio para suponer al Otro (lugar del código, tesoro de los significantes), deshabitado de goce. Es el espacio deshabitado de goce en el Otro, esa falta, la que le plantea el desafío al atacante. Su imperativo es el de llenarla, habitarla con goce valiéndose del hábito, el velo a derrumbar en la vergüenza. Afán de incluir el “goce de la obscenidad”, como lo acabamos de leer en la nota de Freud, es decir, el objeto como real de goce, en el lugar del significante, y la vergüenza es el signo de ese intento. En esta estrategia de la pulla hay también una proximidad con la del sádico. Es una transgresión de la ley. La sobornada en últimas es la ley; haciéndose instrumento de su goce, reduciendo a una mujer a puro objeto, avergonzándola.

17. *Ibíd.*, 92.

18. *Ibíd.*, 95.

19. En el seminario *De un Otro al otro*, Lacan señala “el goce considerado como ese término que solo se instituye por su evacuación del campo del Otro, y por eso mismo por la posición del campo del Otro como lugar de la palabra”. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro* (1968-1969) (Buenos Aires: Paidós, 2008), 226.

El tercero, al que según Freud está en definitiva dirigida la pulla, en quien se quiere producir el placer, puede jugar un doble papel: el de cómplice, por un lado, tal como lo señala Freud (de nuevo hay un paralelo con el sádico que también requiere siempre de uno) y el de representante del Otro del significante, de la palabra, en quien se busca incluir el goce de la obscenidad.

El hecho de que Freud insista todo el tiempo en que es la mujer la que es utilizada como objeto, es de la mayor trascendencia. No obedece, como él lo aclara explícitamente, al hecho de que en la sociedad vienesa o entre los campesinos de su época, a los que se refieren en estos pasajes, no se concibiera que una mujer dirigiera un comentario galante o, incluso, una pulla indecente a un hombre. En un párrafo de este mismo capítulo plantea: “La pulla es como un desnudamiento de la persona, sexualmente diferente, a la que está dirigida”²⁰. Según esto, la particular forma de lazo que aquí se crea recae sobre la diferencia, siempre sexual, y las mujeres la representan. La pulla parece gravitar sobre el horror a las mujeres.

Veamos cómo la presencia física de la mujer puede, en ocasiones, no ser necesaria para la pulla y aún así, ellas, las mujeres, están siempre en su centro:

[...] los hombres se reservan este tipo de conversación, que en su origen presupone una mujer que se avergüence, hasta encontrarse solos, “entre ellos”. Así, poco a poco, en lugar de la mujer es el espectador, y ahora el oyente, la instancia a la que está destinada la pulla, mudanza con la cual el carácter de ésta se aproxima ya al del chiste.²¹

Esta “mudanza” implica que el verdadero lazo de la pulla es homosexual, que la mujer a quien en principio parecía estar destinada, es desalojada como destinatario del mensaje, por lo tanto no existe como sujeto y pasa a ocupar el lugar de objeto; consagra la pulla a satisfacer a ese tercero, “oyente”, lugar del discurso, sobornado. “La mujer, concebida como presente en la situación inicial, es retenida en lo sucesivo como si lo estuviera, o bien su influjo sigue *amedrentando al hombre* aun ausente ella”²².

Es de eso femenino que amedrenta, de donde extrae su fuerza la pulla. Este hecho redobla su carácter fálico. Ya indicamos la relación que con el velo tiene la vergüenza y es pertinente recordar ahora que Lacan dedicó una lección de su seminario sobre *La relación de objeto* a “la función del velo”²³, dilucidando que el falo tiene un carácter de tal.

Habría que anotar que entre la pulla y el chiste obsceno hay una pequeña distancia, dada solamente por el mayor cuidado que el chiste obsceno pone sobre las elaboraciones significantes. Arropa a la tendencia, componente pulsional explícito en la pulla, con una mejor y más refinada envoltura de palabra.



20. Freud, “El chiste y su relación con lo inconsciente”, 92.

21. *Ibíd.*, 94. Esta explícita referencia de Freud al oyente, verdadero destinatario de la pulla, nos permite dilucidar algo más. En ella no entra en juego solo la mirada, también la voz tiene aquí un papel fundamental, y esto en la medida en que su ejecutor pretende hacer mirar con su voz, pretende hacer escuchar al Otro (representado en el tercero), lo que la mirada ha recuperado, la desnudez y su más allá. En este intento de colmar al Otro, voz y mirada, objetos de las pulsiones predominantes en el superyó, operan mancomunadamente. La voz viene a soldar la evanescencia propia de la mirada y a redoblar el imperativo “¡Goza!” que es por antonomasia del orden de lo invocante.

22. *Ibíd.*, 95. Las cursivas son mías.

23. Lacan, *El seminario. Libro 4. La relación de objeto*, 153.

Si he retomado todos estos pasajes del texto de Freud sobre el chiste es porque me parece una de las partes de su obra que mejor ilustra el lazo en que un atacante, como él lo llama, se sirve de otro hasta reducirlo a la condición de objeto, y porque la vergüenza tiene aquí un papel fundamental. Encuentro este funcionamiento esclarecedor de las situaciones de violencia en las que el torturador o el agente de algún poder aniquila a su víctima, aún si hay que guardar todas la distancias, empezando por el hecho de que la pulla, incluso descarnada, produce esta descarnadura a través de la mirada, pero sirviéndose, al fin de cuentas, de un recurso de lenguaje. Muy distinta sería nuestra sociedad si tramitáramos nuestras diferencias por la vía del chiste obsceno o de la pulla y no por la de las armas o de la tortura. Son, Freud lo señala, un recurso invaluable para recuperar lo perdido (el “goce obsceno”), pérdida que ha impuesto la represión, por una vía que aún mantiene distancia con el paso al acto. Sin embargo, creo que hay interesantes similitudes entre el lazo social que se establece en la pulla y el que anuda al perpetrador y al sujeto sometido a insoportable violencia.

EN ABU GHRAIB

Como ejemplo tomado de otro campo totalmente distinto, quiero traer a colación las torturas realizadas por hombres y mujeres del Ejército norteamericano a prisioneros iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib, algunas de cuyas imágenes se conocieron en su momento cuando circularon por internet. María Victoria Uribe, en un artículo dedicado a analizar estas fotografías y sus implicaciones, señala que,

A diferencia del holocausto judío, en la guerra de imágenes que implica a los soldados estadounidenses en las cárceles iraquíes, nunca veremos los ojos de ningún prisionero porque un velo de culpa y de vergüenza los ha cubierto para siempre.²⁴

El velo de la vergüenza en este caso no solo se concretó en el uso de capuchones, sino que de manera significativa se utilizaron calzones de mujer para cubrir el rostro de los prisioneros.

Mientras los torturadores ríen, estos aparentes velos cubren los rostros de los torturados desnudos, haciendo recaer la vergüenza sobre ellos. Al eliminar su faz de las imágenes, se les rebaja aún más, se elimina ese índice del sujeto dejando sus cuerpos desnudos como puros objetos de la manipulación del otro.

Además de la vergüenza, elemento central que ya aislamos en el caso de la pulla, otras son las analogías que aquí podemos encontrar: el despliegue desmesurado de la mirada quedó redoblado en el cuidado de los elementos que conforman las escenas, denotando que fueron claramente dispuestas, obedeciendo a todo un montaje

24. María Victoria Uribe, “La venganza contra el fantasma. Las torturas a los prisioneros iraquíes”, *Desde el Jardín de Freud* 4 (2004): 251.

con características especiales. Si Freud llamaba a la pulla “chiste de desnudamiento” señalando la intención de desvestir al otro mediante la agresión verbal, aquí el desnudamiento se realizó en acto sobre los prisioneros: siempre desnudos; cuando no aparecen amarrados cubren avergonzados sus genitales, sobre los que una soldada norteamericana realiza gestos de castración simulando con sus dedos unas tijeras.

El rechazo a las mujeres y el ataque al falo, que implica al mismo tiempo su exaltación, casi su adoración, está presente en todas estas imágenes. Se pretende rebajar a los iraquíes mediante su supuesta feminización, poniéndolos en el lugar central de lo rechazado de las mujeres. María Victoria Uribe repara también en la “atmósfera de travesura escolar que circunda muchas de las posiciones en que aparecen los cuerpos”²⁵. Es como si se quisiera escenificar la dimensión de “nenitas” a la que fue posible constreñir a los prisioneros. El triunfo de los torturadores pasa por la puesta en escena de su fantasma de feminizar a los reos.

El hecho de que en estas fotos haya mujeres entre los carceleros del Ejército estadounidense, no hace sino subrayar más el lugar protagónico de lo femenino repudiado. Estas mujeres aparecen como dominatrices (por ejemplo, halando como a un perro a un soldado iraquí desnudo, atado en el cuello por una correa), como si se tratara de mantener el rechazo de la diferencia mediante la escenificación de mujeres fálicas en posición de amo. Si los hombres pueden ufanarse de avergonzar a la mujer “entre ellos”, como Freud lo consignó para el caso de la pulla, aquí, de manera inequívoca, el ambiente es decididamente homosexual. Freud demostró en “Psicología de las masas y análisis del yo” que la institución es esencialmente homosexual, y el ejército de manera particular; es esto lo que se extrema en la institución de la tortura, que quiere hacer subsistir a ese Otro absoluto buscando colmarlo, reintroduciendo allí, a costa de las mujeres, lo que le falta: el goce. Por eso la guerra, aunque combatan también las mujeres, es esencialmente fálica. Las mujeres son en ella, por un lado, el enemigo; por el otro, su objeto, su botín. Los hombres amarán la guerra mientras los *amedrenten* las mujeres, para retomar el término de Freud.

Un reciente estudio para el caso del conflicto armado en Colombia²⁶, demuestra cómo la violencia sexual contra las mujeres es utilizada como arma de guerra de manera generalizada por todos los actores. Las transgresiones van desde la violación hasta la prostitución forzada, pasando por la esterilización y el acoso sexual²⁷. Otras investigaciones señalan que esta situación no es privativa del conflicto armado en Colombia, ella se extiende por donde quiera que germine una guerra.

Volviendo a Abu Ghraib, aunque los gestos de sonrisas infantiles, casi pueriles, que se dibujan en los rostros de los torturadores nos hacen creer que esto se vivía como “un chiste”, es decir, que había placer en los carceleros, el lugar del tercero que Freud

25. *Ibíd.*, 254.

26. Las cifras son alarmantes y parecen corroborar lo que venimos planteando: 94.565 mujeres violadas, 26.353 embarazos forzados, 27.058 abortos forzados, para mencionar solo algunos de los datos de este estudio. “La investigación indica que, en el periodo 2001-2009, en los 407 municipios con presencia de Fuerza Pública, guerrilla y paramilitares el 17.58% de las mujeres —es decir, un total de 489.687— fueron víctimas directas de violencia sexual. Este dato significa que anualmente, en promedio, 54.410 mujeres fueron víctimas directas de algún tipo de violencia sexual; 149 diariamente y 6 cada hora en municipios colombianos con presencia de fuerza pública, guerrilla, paramilitares u otros actores armados”. Oxfam, Primera encuesta de prevalencia “Violencia sexual en contra de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano”. Disponible en: http://www.elcorreo.eu.org/IMG/pdf/Violencia_en_sexual_en_Colombia.pdf (consultado el 29/04/2013).

27. Oxfam, Campaña “Violaciones y otras violencias: saquen mi cuerpo de la guerra”. Primera encuesta de prevalencia “Violencia sexual en contra de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano” 2001-2009. Disponible en: http://www.intermonoxfam.org/sites/default/files/documentos/files/101206_Primer_Encuesta_de_Prevalencia.pdf (consultado el 29/04/2013).

develó en su análisis del chiste obsceno está también presente y no podemos excluir que se trataba de hacerlo gozar. Este tercero aparece en aquel que toma la foto, para cuya mirada es dispuesto todo el horroroso teatro. Por lo demás, el hecho de que estas fotos fueron expresamente puestas a circular en internet, resalta el propósito de hacer gozar a ese tercero, de sobornarlo. La vergüenza entonces, es también aquí protagónica. Busca aplastar la diferencia y no debemos dejar de lado esa otra diferencia que implica la gran distancia que hay entre las restricciones propias de la cultura musulmana y la sociedad de consumo norteamericana, que, en cuanto tercero, se vería completada al incluir en su seno, como objetos consumibles, a estos musulmanes que se resistían a ella. El soborno está consumado. “Ahí están dispuestos a su mirada, consúmanlos”.

Para añadir algo sobre este ataque al fantasma de lo femenino en la guerra y su relación con la vergüenza, vienen bien las anotaciones del psicoanalista alemán Horts-Eberhard Richter, quien en su conferencia de despedida como director del Instituto Sigmund Freud de Frankfurt, señalando la función que en el mundo contemporáneo cumple una “voluntad de poder masculina” que no permite que la debiliten unos “blandengues, llorones y afeminados”, retoma los siguientes hechos:

El ministro de asuntos exteriores americano, Powell, en una conversación con su homólogo francés se enteraba de las reservas de este frente al unilateralismo americano en relación con los planes de guerra en Irak. De acuerdo con lo que se ha informado, Powell comenta la conducta de su colega señalando que ella denotaría una falta de energía y un carácter afeminado. Richard Rorty por su parte da cuenta de unos senadores y congresistas demócratas a quienes se discrimina bajo el término de “eurófilos afeminados”. A los activistas de la paz en Alemania además de carentes de energía, débiles, afeminados, cobardes, se les llama “huevos blandos”, otra variante más de castración. Así, la decisión a favor o en contra de la guerra, resulta entre otras cosas una prueba de masculinidad o bien de falta de hombría. Se me perdonará que tal situación me recuerde el lenguaje de envalentonamiento del que suelen hacer gala aquellos jóvenes postpúberes, que creen deber asegurarse de su potencia con arriesgadas pruebas de valor. ¿Por qué será que incluso un personaje como el ministro Powell, a quien se le suele contar más bien entre los políticos sensatos, reacciona de manera tan irritada?²⁸

La cita anterior deja ver cómo la pulla “huevos blandos” busca suscitar la vergüenza sobre la base del repudio a lo femenino; no es algo que habite solo a los soldados rasos, su alcance traspasa claramente estas fronteras; no se restringe a los actos de combate, cubre también los de entrenamiento en los que, de manera mucho más común de lo que pudiéramos creer, las fórmulas de tortura están a la orden del día²⁹.

28. Richter Horts-Eberhard, “¿Es posible otro mundo?” en *Desde el Jardín de Freud* 6 (2006): 27-28.

29. En Colombia uno de estos episodios, propios del entrenamiento militar, al que fueron sometidos 21 soldados del Batallón Patriotas de la VI Brigada, con sede en Honda, Tolima, fue divulgado en los medios de comunicación. Dentro de las torturas los soldados fueron quemados con tizones, obligados a comer excrementos, a chupar el pene de sus compañeros y algunos fueron violados con palos. El Coronel que comandaba el batallón, declaró a la *Revista Semana*: “todos nuestros generales han pasado por esto. Así es que nos formamos”. “Torturas en el ejército”, en *Revista Semana*, febrero 20 de 2006. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/torturas-en-el-ejercito/77430-3> (consultado el 29/4/2013).

Volviendo a la pulla, es claro que el primer sujeto, el que hace el atentado, es responsable del soborno que le tiende al tercero agrediendo a la mujer; esta también es responsable aunque en medida muy distinta, y lo demuestra suficientemente con su vergüenza, la cual, como Freud lo subraya, es el resultado de su propia excitación ante la exhibición de la excitación del atacante y de la resistencia a esta mediante el pudor; el tercero es desde luego responsable por dejarse sobornar, por funcionar como cómplice y sancionar el chiste con su placer y su risa. Este punto es muy importante porque él, el tercero, no es inocente, es una de las piezas claves, es quien sanciona el acuse de recibo del Otro, de él depende y en él se materializa el soborno.

TESTIMONIOS

En su texto *Lo que queda de Auschwitz*, Agamben dedica todo un capítulo a la vergüenza y al sujeto. Comienza señalando cómo este sentimiento es común en muchos de los sobrevivientes de los campos de concentración nazi. Retoma el testimonio de Primo Levi cuando narra el momento en que fue rescatado del campo de exterminio por un grupo de soldados rusos; la vergüenza fue el signo que dominó tal encuentro:

Eran cuatro soldados jóvenes a caballo que avanzaban cautelosamente, metralleta en mano, a lo largo de la carretera que limitaba el ‘campo’. Cuando llegaron a las alambradas, se pararon a mirar intercambiando palabras breves y tímidas, y dirigiendo miradas llenas de un extremo embarazo a los cadáveres descompuestos, a los barracones destruidos y a los pocos vivos que ahí estábamos... No nos saludaban, no sonreían; parecían oprimidos, más aún que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y clavaba su mirada sobre aquel fúnebre espectáculo. Era la misma vergüenza que conocíamos tan bien, la que nos invadía después de las selecciones, y cada vez que nos tocaba asistir a un ultraje o soportarlo: la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su propia existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla.³⁰

Quiero resaltar que Levi en este pasaje habla, tanto de la “vergüenza por su propia existencia”, en consecuencia, signo del sujeto, de la de los soldados que los van a rescatar quienes sufren aquel encuentro, como de “la vergüenza que los alemanes no conocían”. Dos actores: las víctimas y los testigos, ambos atravesados por la vergüenza, y un tercero, los victimarios, en quienes esta brilla por su ausencia. “Extremo embarazo” y “timidez confusa” son afectos que según este testimonio de Levi, se manifiestan en



30. Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo: homo sacer III* (Valencia: Pre-Textos, 2000), 91.

los testigos. Estos afectos, ciertamente, son próximos a la vergüenza. Recordemos que en su seminario sobre *La angustia*, Lacan incluye el embarazo dentro del cuadro de doble entrada en el que ubica la trilogía freudiana de inhibición, síntoma y angustia, en el mismo grado de dificultad que esta última, y dice de él, que

es exactamente el sujeto S revestido con la barra, $\$$, porque *imbaricare* alude de la forma más directa a la barra, *bara*, en cuanto tal. Ésta es ciertamente la imagen de la vivencia más directa del embarazo. Cuando uno ya no sabe qué hacer con uno mismo, busca detrás de qué esconderse.³¹

En esta proximidad entre embarazo y vergüenza, ese “detrás de qué esconderse” no deja de tener cercanía con el velo, con el falo tras del cual se esconde el sujeto justamente cuando, en esta experiencia, “uno ya no sabe qué hacer con uno mismo”, es decir, cuando es descubierto en su falta, en su propia falta en ser. En esos casos, le queda el recurso del pudor como un mecanismo para defenderse³²: restablecer el velo le permite reponerse de la vergüenza que implica el ser sorprendido en su falta. Lacan prosigue:

Se trata, ciertamente, de la experiencia de la barra. Si no estoy mal informado, en muchos dialectos esta barra toma más de una forma. Pero no es necesario recurrir a los dialectos, [...] en español la *embarazada* designa a la mujer encinta, lo cual es otra forma, bien significativa, de la barra puesta en su lugar.³³

De nuevo, la presencia del velo fálico recubre su más allá: la ausencia, objeto causa del deseo.

En el detallado recorrido que realiza David Bernard en su estudio sobre la concepción de la vergüenza en Lacan³⁴ este autor indica cómo, en relación con la articulación imaginaria y simbólica del sujeto, la vergüenza se anuda a la castración y al falo. Irrumpe ante la súbita experiencia de ser descubierto, de verse ser visto: revelación entonces de lo que no se es, o no se tiene (el falo), o de lo que se desea ser, sin lograrlo; también de lo que le falta ser y pretende aparentar o, incluso, vergüenza de haber faltado a la promesa de ser, sellada con el Otro.

Como ya vimos, Freud también relacionó la vergüenza con la castración; por ejemplo, en las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” plantea que “la vergüenza, considerada una cualidad femenina por excelencia [...] la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales”³⁵. Pero al relacionar esta cita con lo que él mismo nos planteó sobre la pulla (que el ataque cruel recae sobre la persona sexualmente diferente), podemos concluir que si aquí anota que es una “cualidad femenina”, es porque las mujeres representan esa diferencia y, entonces,

31. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963) (Buenos Aires: Paidós, 2006), 1.

32. José Morel Cinq-Mars, *Quand la pudeur prend corps* (Paris: Presses Universitaires de France, 2002).

33. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*, 19.

34. David Bernard, *Lacan et la honte. De la honte à l'hontologie* (Paris: Éditions du Champ lacanien), 2011.

35. Sigmund Freud, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]), en *Obras completas*, vol. xxii (Buenos Aires: Amorrortu, 1976), 122.

habría que develar su falta en ser, la castración imaginaria, y para el caso de los hombres, de llegar a lo mismo por la vía de su supuesta feminización. Este es el primer lucro de la pulla, chiste “de desnudamiento”.

No es raro entonces encontrarnos en la clínica con el hecho de que una de las formas como los pacientes se refieren a la vergüenza sea hablando de su sentimiento de haber quedado completamente “expuestos”, o incluso de haber sido expuestos por el Otro. La experiencia de desamparo que vivieron es bien recogida por este significante: no señala solamente la presencia de la mirada, la exhibición padecida, sino la absoluta orfandad, el grado máximo de fragilidad, de peligro mortal al que fueron expuestos. El haber perdido su secreto, no tener ya resguardo alguno.

Si en el caso del sádico la estrategia es la de producir de manera brutal la castración imaginaria en el *partenaire*, dejándola toda del lado de este último³⁶, la vergüenza, como la responsabilidad, en la relación víctima-victimario, tal cual lo señala el texto testimonial de Levi, parece quedar toda del lado de la víctima, no del perpetrador, ni del tercero sobornado que, como representante del Otro, al contrario, busca ser completado.

Llegados a esta altura planteemos dos tipos de vergüenza: una que me permitiré llamar, en menos o, por defecto, de la que acabamos de hablar. Es la que opera en el primer embate de la pulla produciendo el desnudamiento; la otra, por exceso, en más. El agresor no se sacia con la humillación de arrancar el velo al otro, dejándolo en falta, sino que debe introducir allí la desmesura del goce obsceno, reduciéndolo a objeto plus de goce³⁷. Esta modalidad es el contragolpe, del lado del sujeto, del intento de introducir el goce en el lugar del código, en el Otro. Consiste en la vergüenza por exceso, aquella que engendra un absoluto desastre ontológico. Sirvámonos aquí del testimonio de otro sobreviviente de los campos de concentración, Jorge Semprún, quien, poco afecto a manifestarse culpable o avergonzado, no puede sin embargo dejar de lado la humillación, también próxima a la vergüenza:

De repente mi cuerpo se volvía problemático, se despegaba de mí, vivía de esta separación, para sí, contra mí, en la agonía del dolor. Los esbirros de Haas, el jefe de la Gestapo local, me colgaban en el aire, con los brazos estirados hacia atrás, y las manos sujetas en la espalda con unas esposas. Me sumergían la cabeza en el agua de la bañera, que ensuciaban deliberadamente con desperdicios y excrementos.

Mi cuerpo se ahogaba, se volvía loco, pedía piedad, innoblemente. Mi cuerpo se afirmaba a través de una insurrección visceral que pretendía negarme en tanto que ser moral. Me pedía que capitulara ante la tortura, lo exigía. Para salir vencedor de este enfrentamiento con mi cuerpo, tenía que someterlo, dominarlo, abandonándolo



36. Pierre Bruno, “El rechazo perverso de lo femenino”, *Desde el Jardín de Freud* 6 (2006): 54.

37. Bernard señala cómo al introducir Lacan un neologismo, el término *hontología*, resultado de agregar la letra *h* tomada de la palabra *honte*, vergüenza en francés, a la palabra *ontología*, “articula la cuestión del ser al campo del goce”. La mera *ontología* cojea, si, como lo pretende buena parte de la filosofía, se busca despejar el problema del ser, en sí mismo, sin contemplar el goce, del cual nos da cuenta la vergüenza. Bernard, *Lacan et la honte. De la honte à l’hontologie*, 119. La traducción es mía.

al sufrimiento del dolor y de la humillación. Pero se trataba de una victoria que cada minuto se volvía a cuestionar y que me mutilaba, además, haciéndome odiar una parte esencial de mí, una parte que hasta entonces había vivido en la despreocupación y el goce físico. Pese a todo, cada día de silencio ganado a la Gestapo, aunque alejara de mí mi cuerpo, carcasa jadeante, me acercaba a mí mismo. A la sorprendente firmeza de mí mismo: orgullo preocupante, casi indecente, por ser hombre de esta forma inhumana.³⁸

Ciertamente hay algo preocupante en ese orgullo, y las palabras “casi indecente” de Semprún, señalan la conexión de la vergüenza con la obscenidad, presente en la experiencia de las víctimas.

No se trata simplemente de algo imaginario, de una reacción ante la desnudez por mostrar a la luz sus posibles defectos..., sus “vergüenzas”, entendidas estas en el sentido de los órganos que mancillan la imagen del cuerpo. Como ya vimos, esta es una de las formas de la vergüenza, por supuesto; pero la cita deja ver otra que va más allá de la imagen especular, justamente hacia lo imposible de ser reflejado, idealizado. Va hacia lo que excluye la imagen y el orden signifiante, lo abyecto, el sujeto dramáticamente reducido a la condición de objeto *a presentificado*, cuerpo abandonado al sufrimiento del dolor y la humillación, objeto de goce del otro, desecho. Esa deshumanización lo arroja al confín más extremo de la vergüenza. Para salvarse, el sujeto se ve forzado a poner distancia entre él y su cuerpo sometido, recurso al que con frecuencia apelan las víctimas, en cuyo caso se avergüenzan de tener un cuerpo y tratan de soltarse de él.

Vienen en nuestro apoyo algunos pasajes del seminario de *La ética*, dedicados por Lacan a los tormentos desde la perspectiva de Sade, en la medida en que podemos aproximarnos con ellos a ese desprendimiento del cuerpo y a un límite, el de la belleza. Esto resulta esclarecedor para pensar el límite que habría entre las dos grandes formas de la vergüenza de las que tratamos acá:

El análisis muestra que el sujeto desprende un doble de sí mismo al que vuelve inaccesible al anonadamiento, para hacerle soportar lo que en esta ocasión debemos denominar, con un término tomado del dominio de la estética, los juegos del dolor. Pues efectivamente se trata ahí de la misma región en la que se recrean los fenómenos de la estética, cierto espacio libre. Aquí yace la conjunción entre los juegos de dolor y el fenómeno de la belleza, nunca subrayada, como si sobre ella pesase no sé qué tabú, no sé qué interdicción, emparentada con esa dificultad, que conocemos bien en nuestros pacientes, de confesar lo que en sentido estricto es del orden del fantasma.³⁹

Ya señalábamos que Freud indicó la vergüenza ligada a la dificultad de la esa confesión. Destaquemos además que este desdoblamiento en el fantasma, aunque

38. Jorge Semprún, *La escritura o la vida* (Barcelona: Tusquets, 2002), 126.

39. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960) (Buenos Aires: Paidós, 1988), 313.

vergonzoso, es un recurso de defensa de la víctima, tal como se observa en las citas de Semprún y de Lacan⁴⁰. Por otro lado, la belleza debe su secreto misterio a la dependencia de la imagen especular, a la imagen narcisista del cuerpo. La revelación de su consistencia imaginaria avergüenza; pero aun así, en cuanto bella, se conserva como límite, más allá del cual está el franco horror, el anonadamiento del sujeto, barrera que ni el mismo Sade osó transgredir: el del objeto abyecto, punto de la vergüenza en exceso. Así las cosas, la belleza es un límite para el que Lacan no duda en utilizar la palabra que ya habíamos encontrado en Freud, *dique*: “[la belleza] tiene por función constituir el último dique antes del acceso a la cosa última, a la cosa mortal, allí donde la meditación freudiana aportó su último testimonio bajo el término de pulsión de muerte”⁴¹.

Transgredido ese límite viene la catástrofe: nos enfrentamos aquí con lo más radical de la vergüenza, la que llamé por exceso, frente a la cual el recurso del pudor es insuficiente, “vergüenza de vivir, [...] engendrada en cada caso por una tentativa de supresión del sujeto”⁴². Esta supresión del sujeto es la de su deseo. La vergüenza no será acá la de haber sido pillado en su falta, deseante, sino la de haber sufrido la aniquilación del deseo por la introducción del objeto de goce encarnado. No por otra razón encontramos que la falta de deseo es, frecuentemente, una expresión de la mortificación de quienes han sido sometidos dramáticamente a la violencia.

Llegados a este punto todavía debemos rescatar algo fundamental en la cita testimonial de Semprún: ahí, en eso “casi indecente”, *inasumible*, para utilizar la expresión de Agamben, ijustamente ahí, él encuentra la posibilidad de ser hombre!, “ser hombre de esta forma inhumana”. En palabras de Agamben, “Avergonzarse significa: ser entregado a lo inasumible. Pero lo así inasumible no es algo externo, sino que procede de nuestra misma intimidad; es decir, de lo que hay en nosotros de más íntimo [...]”⁴³.

Es que la vergüenza no es solo el movimiento de la desobjetivación por haber sido rebajado a ese desecho; tal como lo recalca Agamben, al mismo tiempo puede implicar la subjetivación, al toparse ahí con el objeto que le es más íntimo, inconfesable, tanto que ni el mismo sujeto lo “sabía”: al punto de parecerle lo más extraño y ajeno, aquello que lo constituía justamente por estar excluido... lo más abyecto. Recordemos que por lo general, cuando Freud se refiere a la vergüenza pone a su lado el asco, como otro de esos primitivos diques, de modo que es posible suponer una cierta solidaridad estructural entre ambos, cercanía que encuentra también Agamben, siguiendo a Heidegger y a Benjamin, al recurrir al asco para explicar la vergüenza:

[...] la sensación dominante en la repugnancia es el miedo a ser reconocido por aquello que nos produce asco. [...] y esto significa que quien se estremece de repugnancia se ha reconocido de alguna manera en el objeto de su repulsión, y teme a su vez ser

40. Quien también señala la exposición a que son sometidas las víctimas en los textos de Sade: “Las víctimas no sólo están dotadas de todas las bellezas, sino también de la gracia misma que es su flor última. Cómo explicar esta necesidad si no porque tenemos que encontrarla oculta primero, siempre inminente, cualquiera sea el ángulo desde el que abordemos el fenómeno, ya sea el de la exposición conmovedora de la víctima, ya sea el de toda belleza demasiado expuesta, demasiado bien producida, que vela al hombre la imagen perfilada ella de lo que la amenaza”. *Ibíd.*

41. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 8. La transferencia* (1960-1961) (Buenos Aires: Paidós, 2003), 15.

42. Bernard, *Lacan et la honte. De la honte à l'hontologie*, 218.

43. Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, 110. “[...] la vergüenza es algo más que ‘un sentimiento que tiene el hombre’; es más bien la tonalidad emotiva que atraviesa su ser entero y lo determina. La vergüenza es pues, una suerte de sentimiento ontológico, que tiene su lugar propio en el encuentro entre el hombre y el ser; tiene tan poco de fenómeno psicológico que Heidegger puede escribir que ‘el ser mismo lleva consigo la vergüenza, la vergüenza de ser’”.

reconocido por él. El hombre sacudido por la repugnancia se reconoce en una alteridad inasumible, es decir, se subjetiva en una absoluta desubjetivación.⁴⁴

Ningún agua lustral parece suficiente a fin de lavar el asco que con frecuencia siente quien ha sido sometido a la violencia, por la sencilla razón de que eso que asquea no es externo; al tiempo es lo más íntimo, núcleo real de su fantasma que habrá que asumir para lograr la subjetivación.

Tal vez por eso Semprún hallaba en la terrible vivencia de la tortura, en el encuentro límite del objeto al que fue rebajado, por más ilógico que nos suene, la forma de ser hombre. Y es de esto que da testimonio en su escrito: por un lado, de esa desubjetivación producida por el choque con el horror de ser obligado a odiar una parte esencial de él, de confrontarse con su cuerpo en tanto pura carne, de tener que desprenderse de él y haberlo visto desde afuera, des-erotizado, desligado del deseo, como objeto de goce del Otro; y por otro lado, de la subjetivación producida al reconocerse en este enfrentamiento con su ser de objeto.

Su “ser moral” le pedía que ignorara la “insurrección visceral” producto de los vejámenes sobre su cuerpo, sucumbir entonces ante el torturador; pero, paradójicamente, para mantenerse como sujeto tiene que ser inmoral mediante el recurso de perder su cuerpo, abandonarlo no ya como bella imagen, sino como mera carcasa. Confrontado a ese objeto encuentra la posibilidad de recuperar el “orgullo de ser hombre”.

La violencia no pretende simplemente controlar o someter al otro, ambiciona arrebatarse su dignidad de sujeto, avergonzarse al grado más extremo. No es por casualidad que esto se busque forzando la reducción del sujeto a objeto, no a cualquiera, sino a ese tan singular y propio, que llevó justificadamente a Lacan a situarlo como “eso único, inapreciable, irremplazable al fin de cuentas, que es el verdadero punto donde podemos designar [...] la dignidad del sujeto”⁴⁵.

Conviene así, en el trabajo con las víctimas de la violencia, no anclarse al primer momento de la vergüenza subrayando únicamente la desubjetivación, victimizando al sujeto y fijándolo a esta posición; es necesario ir más allá, franquear el difícil paso de reconocerse en ese objeto horroroso, justamente para poder desprenderse de él. Esto implica relativizar el acento que, con frecuencia, solo se pone en el trauma, y prestar oídos al fantasma del sujeto y al punto de él que avergüenza, a lo inconfesable, única herramienta que le ha quedado para, en medio del anonadamiento al que se le sometió, apropiarse de esta experiencia en la que fue desposeído de sí mismo y reintroducir la dimensión deseante. Por otro lado, el lugar del tercero que subrayamos en este análisis, nos permite recapacitar en el hecho de que es en ese lugar en el que el paciente, con

44. *Ibíd.*, 111.

45. Lacan, *El seminario. Libro 8. La transferencia*, 199.

frecuencia, ha puesto de entrada al analista y, por lo tanto, es necesario valorar con cuidado la transferencia para ir más allá de la función del soborno.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, GIORGIO. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo: homo sacer III*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- BERNARD, DAVID. *Lacan et la honte. De la honte à l'hontologie*. Paris: Éditions du Champ lacanien, 2011.
- BRUNO, PIERRE. "El rechazo perverso de lo femenino". En *Desde el Jardín de Freud* 6 (2006): 50-55.
- FREUD, SIGMUND. "Tres ensayos de teoría sexual" (1905). En *Obras completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "El chiste y su relación con lo inconsciente" (1905). En *Obras completas*, vol. VIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "'Pegan a un niño'. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales" (1919). En *Obras completas*, vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" (1933 [1932]). En *Obras completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-57). Barcelona: Paidós, 1994.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-60). Buenos Aires: Paidós, 1988.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 8. La transferencia* (1960-61). Buenos Aires: Paidós, 2003.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 10. La angustia* (1962-63). Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 16. De un Otro al otro* (1968-1969). Buenos Aires: Paidós, 2008.
- MOREL CINQ-MARS, JOSÉ. *Quand la pudeur prend corps*. Paris: Presses Universitaires de France, 2002.
- OXFAM. Primera encuesta de prevalencia "Violencia sexual en contra de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano". Disponible en: http://www.elcorreo.eu.org/IMG/pdf/Violencia_en_sexual_en_Colombia.pdf (consultado el 29/04/2013).
- OXFAM. Campaña "Violaciones y otras violencias: saquen mi cuerpo de la guerra". Primera encuesta de prevalencia "Violencia sexual en contra de las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano" 2001-2009. Disponible en: http://www.intermonoxfam.org/sites/default/files/documentos/files/101206_Primer_Encuesta_de_Prevalencia.pdf (consultado el 29/04/2013).
- Revista *Semana*, "Torturas en el ejército" febrero 20 de 2006. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/torturas-en-el-ejercito/77430-3> (consultado el 29/4/2013).
- RICHTER, HORTS-EBERHARD. "¿Es posible otro mundo?" en *Desde el Jardín de Freud* 6 (2006): 26-37.
- SEMPRÚN, JORGE. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets, 2002.
- URIBE, MARÍA VICTORIA. "La venganza contra el fantasma. Las torturas a los prisioneros iraquíes". En *Desde el Jardín de Freud* 4 (2004): 250-261.



© Lorenzo Jaramillo. *Apuntes de ballet*. Lápiz sobre papel. 1989. 23 x 29 cm.